

DILEMAS DE LA MASCULINIDAD Y LA PATERNIDAD¹.

Resumen.

El presente artículo pretende analizar los efectos nocivos del modelo hegemónico de masculinidad en los varones y cómo afecta esto al ejercicio de la paternidad. El análisis se desarrolla a través de tres ejes, el primero hace referencia a cómo aparecen estos efectos en aquellos individuos que se muestran concordantes con las propuestas del modelo; el segundo, a la forma en que estos efectos aparecen en los individuos que se muestran discordantes con las propuestas hegemónicas y, en tercer y último lugar, se detallan aquellas características que describen una masculinidad y paternidad saludables, libres de la influencia y dominancia del modelo hegemónico de género en los varones. Por último, se describen las condiciones que han de concurrir para facilitar el desarrollo de una masculinidad sana y de una paternidad responsable.

Juan Miguel de Pablo Urban.

Psicólogo clínico, psicoterapeuta y supervisor docente.
Codirector de COOPERACIÓN, Instituto de Formación Sistémica en Cádiz.
jmdepablo@hotmail.com

¹ Este material fue presentado en un taller, bajo el título "Masculinidad, paternidad y psicoterapia", así como en una ponencia plenaria, titulada "Terapia Sistémica y Masculinidad: Integrando los Límites del Género"; durante el XL Congreso Nacional de Terapia Familiar, celebrado en La Laguna (Tenerife) del 21 al 23 de octubre de 2021.

Palabras clave.

Masculinidad,
Paternidad,
Modelo Hegemónico,
Enfoque de Género.



Abstract.

This article analyzes the harmful effects of the hegemonic masculinity model on males and on their exercise of fatherhood. The analysis is developed through three main axes: the first one refers to how these effects appear in individuals that show conformity with the presuppositions of this model, the second, discusses the way in which these effects appear in individuals who show their discrepancy against the hegemonic proposals, and in the third place it resumes and describes the features that define a healthy masculinity and fatherhood, free of the influence and dominance of the hegemonic gender model in male population. Finally, it describes the necessary conditions that must concur to facilitate a healthy development of masculinity and a responsible fatherhood.

Key words.

Masculinity, Fatherhood, Hegemonic Model, Gender approach.

1. Introducción.

A raíz de la publicación de *El ciclo de Andros: masculinidad, paternidad y psicoterapia* (De Pablo, 2021a) y en el posterior análisis que he venido realizando sobre cómo se manifiesta la “masculinidad tóxica” (Sinay, 2006) en los varones, presenté recientemente, en el XL Congreso Nacional de Terapia Familiar celebrado en La Laguna (Tenerife) (octubre de 2021) (De Pablo, 2021b), un taller y una ponencia, esta última al alimón con Miquel Far, sobre las características observables en los varones de los efectos nocivos del modelo hegemónico de masculinidad, bien en aquellos que se sienten plenamente identificados con el modelo dominante o bien, en aquellos otros que resultan excluidos y que no pueden/quieren definirse en las propuestas que el modelo impone.

En cualquier caso, tanto unos como otros se muestran afectados por la visión dominante que nos impone cómo deben ser los varones, aunque es constatable que esta afectación aparecerá de forma diferente en los dos grupos que se han descrito. Para ello, se conforma un cuadrante que permite mostrar los dilemas que encuentra el varón y establece una descripción que permita visibilizar en un determinado número de ámbitos (trabajo, sexualidad, poder, paternidad, agresividad) cómo se manifiestan los efectos nocivos del modelo hegemónico en cada uno de estos grupos y, a la par, se realiza un acercamiento hacia cuáles deberían ser las características de una masculinidad y de una paternidad saludables.

Se describen, en primer lugar, algunas observaciones sobre lo que se ha dado en llamar modelo hegemónico de masculinidad y cómo podemos ubicar a los varones en los diferentes tramos, desde los que se muestran más concordantes con las propuestas del modelo hasta aquellos que, por el contrario, no se sienten identificados o son discordantes con este. En segundo lugar, se pasarán a describir los efectos nocivos que sufren los varones situados en ambos extremos del rango y sus consecuencias en las relaciones y en los roles (de género, paternidad), así como las características que serían definitorias del varón que sí accede a una masculinidad sana, exenta de la imposición hegemónica. Por último, se pretenden apuntar algunas de las condiciones que entendemos serían facilitadoras de la construcción de una masculinidad saludable.

2. Modelo hegemónico de masculinidad. Concordancia y discordancia.

Cuando se habla de masculinidad o de masculinidades, siempre se hace referencia al modelo hegemónico de género que impera en nuestra cultura. Si se intenta definir el concepto, se alcanza la certeza de que un modelo hegemónico (Connell) o un modelo dominante (Bordieu), desde la perspectiva de género y desde la óptica de la masculinidad, consiste en un marco de creencias en el que se establecen las características deseables e indeseables que debe tener una varón para poder definirse como tal, teniendo como denominador común el aspecto de subordinación que impone, la posición de asimetría y de liderazgo que establece sobre/contra otras visiones de la realidad, marginándolas e invisibilizándolas. Se habla del ejercicio de prácticas de dominación y de poder, que excluyen y marginan otras perspectivas alternativas sobre las realidades construidas en torno al género y al sexo. Podemos entenderlo como una estructura de práctica social (Connell, 1995).

En palabras de Luis Bonino, el modelo hegemónico de masculinidad:

Es una matriz generativa, un molde vivo (que moldea y que limita), un formato organizador, un sistema normativo obligatorio, complejo, omniabarcador y absolutista-excluyente, un reglamento por el que el cuerpo social ordena lo que debe ser -y no ser- un hombre a partir de portar los cromosomas XY y/o ser nombrado como niño -y no niña- al nacer. Y es también, un mapa orientador que indica el camino y pasos para cumplir ese cometido, una guía a lo largo de la cual se encarrila el desarrollo masculino, un modelo a seguir y una marca que ubica a los hombres de cualquier origen, y desarrollo en una posición relaciona1 ante las mujeres (Bonino, 2002, p. 10-11).

Es importante recalcar que lo que llamamos modelo hegemónico o modelo dominante, se convierte en el tamiz a través del cual, en primer lugar, interpretamos los acontecimientos de nuestro entorno y les otorgamos sentido. Y, en segundo lugar, lo utilizamos como instrumento útil para tomar decisiones y para actuar en consecuencia. Es decir, cualquier acontecimiento va a ser contrastado de forma inconsciente con los parámetros que el modelo contiene y propone. Llevará al sujeto a establecer y a sustentar una posición cognitiva y emocional que interpreta ese acontecimiento, que le dota de determinadas bondades o maldades, en función de lo previsto como admisible o inadmisibile. Por último, determina la conducta, la expresión y la interacción del sujeto respecto a los acontecimientos que lo definen, reforzando al propio modelo y solidificándolo como "realidad" social.

El siguiente elemento que es preciso analizar tiene que ver con el grado de concordancia o discordancia que cada sujeto varón tiene respecto al modelo.

En algunos casos, ciertos individuos pueden sentirse en plena concordancia y egosintónicos respecto de las propuestas generales del modelo. En otros casos, por el contrario, los sujetos pueden sentirse ajenos, incómodos o constreñidos por las exigencias que impone el modelo.

Podemos acudir a un ejemplo. El modelo masculino dominante da importancia a la fuerza, a la competitividad o a la acción. Cuando en el aula de un colegio masculino suena el timbre del recreo, pueden diferenciarse perfectamente aquellos chicos que se sienten cómodos en esta propuesta y los que no. Los concordantes corren hacia la puerta del patio donde se agolpan y compiten para salir los primeros, ríen a carcajadas y dándose codazos se hacen hueco para llegar a jugar al campo de fútbol. Los discordantes, en cambio, esperan a que se disuelva el embotellamiento, salen caminando y hablando entre ellos, no se sienten cómodos ni prevén ser exitosos en la competencia de los juegos ni en la actividad física, prefieren hablar de cómics o películas, leer o imaginar.

Este ejemplo refleja los elementos principales de los efectos de la masculinidad. En el caso que se detalla aún no hay problemas importantes, cada cual opta en función de sus posibilidades por situarse más o menos cerca del modelo dominante, pueden darse ciertas envidias por el deseo de poder ser exitoso y ser mirado por los otros compañeros con admiración; o por el hecho de tener un físico más fornido, agilidad, fortaleza, habilidades físicas reseñables. Más adelante aparecerá esa misma experiencia aunque en ámbitos diferentes, por ejemplo, en la adolescencia y primera juventud ya no tiene por qué estar centrada tanto en el poder físico sino en la capacidad para la seducción, ante la posibilidad de ser más o menos deseado por las chicas, la belleza física, el atractivo, el descarro o la valentía para el flirteo. Pasada la treintena, aparecerá de forma más evidente en el contraste entre las capacidades y competencia profesionales, en el éxito económico, en la capacidad para emprender o en la ostentación de poder económico y social.

No siempre los varones más concordantes en la infancia, lo seguirán siendo en la adolescencia, en la juventud o en la adultez. Puede que un chico hábil en los deportes en su niñez pueda verse replegado en la adolescencia o juventud por su timidez, o puede mantener una posición más relegada en la edad adulta por tener dificultades para competir profesional, económica o socialmente. Igualmente, lo contrario, varones discordantes en la niñez, pueden convertirse en concordantes en otras etapas vitales. Lo que resulta evidente en todos los casos, es el mantenimiento de ciertos parámetros que el varón deberá cumplir en los diferentes momentos para responder a las exigencias del modelo hegemónico. La competitividad puede trasladarse de lo físico a lo social y de lo social a lo económico; que la fuerza o el poder podrá ejercerse en diferentes áreas, que la dominancia se podrá presentar en lo físico o en lo relacional, etc.

Cada varón podrá pasar por momentos en que puede concordar más o menos con el modelo, de igual manera, cada varón pasará por momentos de importante discordancia, con los efectos que esto comporta.

Tras esta visión pendular entre lo concordante y lo discordante, nace una propuesta saludable de masculinidad, es decir, una propuesta que permita al varón liberarse de las presiones del modelo y de sus consecuencias nocivas y tóxicas. Esta propuesta debe incorporar aquellos aspectos que dignifican al hombre por el mero hecho de serlo, y sortear las imposiciones derivadas del modelo hegemónico. Debe, además, permitir la construcción de un perfil identitario de género que no acepte la exclusión y marginación que impone el modelo dominante.

3. Efectos nocivos de los modelos hegemónicos en la masculinidad y en la paternidad. Propuestas de una masculinidad-paternidad saludable.

Se procede a detallar un conjunto de elementos en los que podemos identificar los dilemas que ocasiona el modelo hegemónico de masculinidad, dilemas que fluctúan, como se ha comentado en el apartado anterior, entre la concordancia y la discordancia respecto a las exigencias del citado modelo y analicemos sus correspondientes efectos nocivos en el varón. Se procura también en cada uno de los casos, incluir su correspondencia con los estilos de paternidad que pueden generarse de forma más habitual. Ya que estos últimos, van a derivar consecuentemente de la posición que cada sujeto concreto tenga respecto al estilo de masculinidad (concordante o discordante) en el que se encuentre ubicado. Por último, se pueden proponer ante estas disyuntivas entre la concordancia y la discordancia, aquellos aspectos que señalan una masculinidad y una paternidad saludables. Veamos estos elementos de forma segregada, aunque los resultados en cada varón son el resultante particular de la compleja combinación de todos ellos; para poder analizarlos, de forma conjunta y sintética, se puede consultar la tabla que se incluye al final del texto, con el título “Senderos de lo masculino y de lo paterno”.

a) El hombre “duro” o el hombre “blando”.

La propuesta concordante con el modelo hegemónico de masculinidad empuja al varón a una posición de dureza, es decir, a la concepción de que el hombre debe mostrarse duro, resistente, recio e inalterable. En esta postura el hombre no puede permitirse mostrar fragilidad, ni la flexibilidad necesaria para adaptarse a los acontecimientos de la vida. Es una imagen muy conectada con la no expresión de cierto tipo de emociones -aspecto que se analizará con posterioridad-, y que podemos calificar como “varón autista”, usando las palabras de Gil Calvo (1997), un tipo de hombre aquejado de cierto analfabetismo emocional. Esta tendencia construye un estilo de paternidad rígida y exigente en plena consonancia con el calificativo que los define. El problema surge cuando las circunstancias de la vida requieren de la aceptación y acomodación a las nuevas situaciones y/o a forjarse en los golpes y dificultades que se presenten, es decir, cada vez que se precise de hacer uso de la necesaria flexibilidad que el ciclo vital demanda.

La propuesta discordante, por el contrario, genera la visión de un hombre “blando”, “suave”, débil, demasiado moldeable y adaptable a los embates del entorno, al extremo de sufrir en exceso los acontecimientos complejos que aparecen a lo largo de la vida. Se refiere a hombres que se sienten incapaces de sostener una posición y que, en consecuencia, evitan la confrontación. En este caso, se construye en consonancia una paternidad “blanda”, insustancial, en exceso permisiva y que se somete fácilmente a lo que viene de fuera, a los demás, a las dificultades. Padres que les cuesta mostrar la firmeza necesaria que permita a los hijos la aparición del conflicto sin que esto afecte en demasía a la relación paterno-filial. Si el padre es firme, facilita en el hijo la necesaria serenidad y confianza de que el padre no va a ser destruido y va a poder sostener el conflicto natural intergeneracional cuando se precise.

La propuesta de una masculinidad saludable se centra, por tanto, en un hombre firme y flexible, propuesta que desemboca en una paternidad de iguales características. El hombre que es, en exceso, concordante o discordante con el modelo hegemónico, carece de la necesaria flexibilidad para acomodarse a los momentos vitales que se presentan y puede tener dificultades para alternar la firmeza de su posición con una acomodación que permita integrar los cambios y los embates de la vida. Podemos hablar del “hombre reconciliado” de Elizabeth Badinter (1992), aunque esta propuesta puede hacerse extensiva a muchos de los apartados que se van a ir mencionando en este capítulo.

b) Actividad y pasividad.

El modelo dominante de masculinidad define al hombre en la actividad, reservando lo pasivo como carácter esencial de lo femenino. La actividad implica al varón una continua exigencia hacia la acción, la necesidad de implementar iniciativas o soluciones y la obligación de realizar movimientos en el entorno, de actuar en el mundo. Se propone un modelo fáctico de personalidad, donde el hacer, el “acting”, lo conductual es preeminente. No puede permitirse la espera ni la reflexión, lo natural para ellos es entrar en acción de forma rápida y tajante, casi como un automatismo. Un ejemplo típico en parejas es cuando la mujer comenta a su cónyuge algún problema o dificultad que está teniendo, y el varón responde automáticamente proponiendo acciones o ejecutándolas directamente, sin que esa sea -en ningún caso- la pretensión de su pareja. La paternidad construida desde este parámetro de la acción es excesivamente intrusiva, no da espacio ni tiempo al proceso de aprendizaje en los hijos, imprimiendo una exigencia en el que se fomenta la acción en demérito de la reflexión. Este eje también puede fomentar los aspectos punitivos y opresivos en la relación paterno-filial (castigos o maltrato).

En el caso del varón que está en posición discordante, el modelo lo somete a una situación de excesiva pasividad. Pueden ser varones observadores, procrastinadores, porque hay un conflicto consustancial con la acción, una alergia tanto física como intelectual con lo fáctico. Se mantienen a la espera, aplazan la

acción y la respuesta que requieren muchos de los acontecimientos vitales. Viven en diferido, lastrados por la evitación. Los padres que están en esta posición se muestran inocuos ante la mirada de los hijos, son muy secundarios en la vida familiar y van a remolque de sus parejas, así como de los acontecimientos que viven o sufren los hijos y/o la familia. Resultan insustanciales por no responder a la necesidad de los hijos de conocer cuál es su posicionamiento ante la vida o ante los eventos que aparecen.

Los varones identitariamente sanos establecen un adecuado equilibrio entre actividad y pasividad, alternando la acción y la reflexión en función de los momentos vitales o de las circunstancias que se vienen presentando. Actúan y se posicionan, pero pueden esperar sin estar impelidos a la acción como fórmula para descargar la angustia. La acción no surge como un automatismo, sino como el resultado de un proceso reflexivo; de igual forma, la reflexión es posible tras la acción con lo que permite la corrección y mejora de las conductas. Como padres dan espacio a los hijos para que vayan llevando a cabo sus iniciativas, pero no dejan pasar las oportunidades para corregir o limitar los excesos, para introducir alguna reflexión o certeza sobre los efectos que producen las conductas o las acciones que hayan implementado.

c) Autonomía y heteronomía.

La autonomía es uno de los estandartes de la masculinidad hegemónica. La pretensión de lo autónomo refleja el notable miedo a la dependencia y a los vínculos con otras personas. Se juega, desde la posición concordante, a que los otros no son necesarios, que se bastan a sí mismos y que necesitar de los demás es una muestra de debilidad y de inadecuación. Se promueven estilos evitativos (apego evitativo), donde es muy importante no expresar la necesidad de los demás. En las relaciones afectivas se “amurallan”, se atrincheran, como fórmula defensiva ante el dolor o el miedo y prefieren las rupturas, por ejemplo, en la pareja ante las angustias derivadas de las relaciones conyugales. El estilo de paternidad suele ser ausente, bien porque efectivamente abandonan a la pareja y los hijos, bien porque aún estando presentes físicamente, desertan de esa función y se muestran ajenos a la vinculación con los hijos. Es un estilo de deserción de la paternidad por desapego.

En el extremo discordante, los varones se muestran muy heterónomos, es decir, muy necesitados del apoyo de los demás. Muestran miedo a la independencia y a la libertad. Suelen mostrarse ansiosos en las relaciones (apego ansioso), con la continua necesidad de sentirse apoyados en los otros, tanto para la toma de decisiones como para sus proyectos. Como padres se suelen mostrar dependientes de los hijos, exigiéndoles lealtad y apoyo, por lo que suelen generar y amplificar la culpa, así como la sensación de débito en los hijos para su cuidado y atención. La deserción de la paternidad, cuando se produce, ocurre más por miedo que por desapego, pero si la pareja asume la crianza y las decisiones, se sienten amparados y no desaparecen físicamente de la familia.

La propuesta sana de masculinidad se desarrolla a través de una conciliación entre autonomía y heteronomía, en función de los diferentes momentos de su ciclo vital o de las diferentes circunstancias o acontecimientos que se vayan presentando. Se activan los movimientos más autónomos en los momentos centrífugos del ciclo vital familiar, tanto de origen como nuclear (por ejemplo, en los momentos de joven adulto o en la salida de los hijos del hogar) (Carter y McGoldrick, 1989 a y b), y los movimientos más heterónomos, en los momentos más centrípetos del ciclo, por ejemplo, en la etapa de crianza de los hijos pequeños o del cuidado de los mayores. Como padres se permiten dejar espacio a los hijos para que experimenten en el mundo probando sus capacidades y recursos, pero están atentos para acompañarles o recogerlos si la situación lo aconseja. Es una posición más cercana a los parámetros de un apego seguro, que garantiza una paternidad presente y adecuada.

d) Competitividad (simetría y complementariedad).

La competitividad es un aspecto muy destacado entre las características del modelo hegemónico masculino. El varón concordante hace de la competitividad un dogma, mostrándose en lo físico, en lo deportivo, en lo relacional, en lo profesional, en lo económico o en cualquier otra faceta donde sea posible que aparezcan relaciones de competencia y rivalidad con los demás. Lo que sí es reseñable es cómo suele funcionar en el modelo dominante de masculinidad cuando hablamos de los estilos de comunicación –nos estamos refiriendo a uno de los axiomas que se describen en la teoría de la comunicación humana (Watzlawick, Beavin y Jackson, 1965), concretamente, al quinto-. Desde esta perspectiva, es natural reconocer la tendencia de los varones imbuidos del modelo hegemónico a la escalada simétrica, es decir, a la competencia sin cuartel donde cada uno intenta imponerse al otro en una escalada sin fin que puede resultar sumamente peligrosa si sube en exceso. Si las relaciones establecidas, en cambio, son de corte complementario, el varón concordante, tiende a mantener y perpetuarse en la posición “up”, en la posición alta de dominancia en las relaciones. Trasladado a los estilos de paternidad, este varón tiende a la competencia con los hijos, especialmente con los varones, sintiéndose en peligro o en riesgo en el caso de prever la posibilidad de perder en la refriega, de ahí que se muestren combativos, autoritarios e impositivos, en caso de riesgo en el pulso de poder, procurará con una subida de intensidad, marcar un lugar de dominancia y someter al hijo. Se recrea la figura del “padre patrón” que no admite réplica.

El varón que se sitúa en modo discordante, en este aspecto, rechaza la competitividad. Este rechazo proviene en gran medida de sus vivencias personales y de los resultados que ha obtenido en las situaciones de rivalidad, en los pulsos de poder, donde ha acabado, a menudo, perdiendo, siendo derrotado. Por ello, evita normalmente entrar en confrontación y, en el caso de tener que mantenerse en la situación, suele tender a mantener relaciones complementarias rígidas, en posición “down” pero con un alto nivel de rencor oculto. Este hombre

ejerce la paternidad de una forma particular, ya que se muestra sumiso ante su pareja, ante las familias de origen y ante los hijos. De ahí que se muestra como un padre evitativo de los conflictos, nada asertivo y con tendencias a posiciones pasivo-agresivas en las relaciones afectivas. Pueden presentar habituales síntomas psíquicos y somáticos (ansiedad, depresión).

El hijo, ante estas situaciones, ya sea desde lo concordante o desde lo discordante, se siente en continuo conflicto, en un dilema entre la rabia-culpa contra el padre y la nostalgia por su atención y su presencia. Estas ausencias de lo paterno generan en el varón la búsqueda de fórmulas para incorporar lo masculino y lo paterno como referencias vitales. Se busca una forma de ser investido como hombre desde la mirada del “padre social”, al no ser posible desde el padre real. Para ello se acude a distintas opciones, por ejemplo, es habitual enrolarse en el ejército o en las fuerzas de orden público, en la militancia política o, desde su zona oscura, en los grupos marginales dedicados a actividades delictivas, las maras o pandillas juveniles, las mafias; buscando integrarse en los cánones de una masculinidad basada en la concordancia con el modelo hegemónico puro (normas estrictas, orden incontestable, obediencia ciega, competitividad máxima) que incluye, además, la posibilidad de expresarse a través de la violencia. Otros varones, en el extremo discordante con el modelo, se incorporan a otras instituciones: el sacerdocio, las diferentes órdenes religiosas o, en su zona oscura, a las sectas o a grupos de rígidas ideologías alternativas que funcionan también de forma sectaria. Aquí se repiten los ejes descritos, pero, en este caso, no suelen incluir la violencia física como medio normalizado, pero sí el chantaje emocional y la presión moral, la restricción de las libertades y el sacrificio de la propia voluntad.

La paternidad equilibrada, de forma diferenciada, incluye la posibilidad de alternar estilos simétricos y complementarios, pudiendo ejercer, en estos últimos, tanto posiciones “up” como posiciones “down”, de forma flexible, en consonancia con las necesidades que aparezcan en las diferentes situaciones. Las simetrías relacionales no escalan en exceso, permitiendo una posición “yo” y la emergencia de una voz propia en la defensa de sus criterios. Puede establecer relaciones complementarias no rígidas, alternando posiciones altas y bajas, en función de lo que cada caso requiera. A los hijos se les permite el pulso de poder sin necesidad de responderles a través del sometimiento ni de evitar el conflicto, y cuando se precisa pueden incorporarse situaciones “down” por parte de los padres cuando se precisa potenciar el empoderamiento de los hijos en aspectos y momentos importantes de su desarrollo socioemocional.



En este caso, la propuesta de masculinidad sana produce hombres reflexivos y críticos, “versos libres” que no comulgan ciegamente con las presiones de las instituciones en las que participan y se involucran. No luchan por el poder, pero no se mantienen en silencio ni acatan ciegamente las instrucciones o las órdenes de los jefes, pero sí respetan y valoran la autoridad. Son incómodos en las organizaciones (religiosas, políticas o sociales) por su libertad de pensamiento y porque consideran el dogma como una estrategia del miedo, manifestando su opinión cuando la situación lo requiere de forma clara y directa. Son productivos en el trabajo social, político, religioso, intelectual o artístico al objeto de mejorar la sociedad y su entorno relacional pero sumamente críticos con el poder usado de forma opresiva y con las prácticas de dominación, provengan de donde provengan.

e) Violencia, destructividad o agresividad instrumental.

Este es un tema de especial importancia. Cuando nos referimos al varón que es más concordante con el modelo hegemónico, sabemos que existe un beneplácito tácito para el uso de la violencia. En este caso, la agresividad no se muestra de forma natural y sana, sino que se puede mostrar en forma de destructividad, en el sentido que Fromm (1973) le otorgaba. La imposición de los puntos de vista del varón concordante es un movimiento natural de dominancia absoluta, ya sea ante las opiniones de las mujeres como ante las opiniones de otros hombres con los que se compete, incluyendo en este apartado a los hijos varones. Esta perspectiva es la que alimenta el mito filicida (Layo, Herodes o Cronos) porque el padre parece desear la desaparición del hijo porque sabe (según las profecías) que este será quien le venga a sustituir, algo que es incuestionable porque cumple la ley de la vida. Además, el padre desde esta posición acapara todo para sí, como el padre de la horda freudiana, y no está dispuesto a permitir que el hijo pueda llegar a crecer y convertirse en una real amenaza. Esta imposición sanciona y permite la violencia hacia los hijos, los malos tratos y los abusos físicos o sexuales.

En los extremos, estamos hablando de hombres que ejercen violencia manifiesta, violencia hacia la mujer y los hijos. En la descripción de Perrone y Nannini (1997), representan a aquellos perpetradores y abusadores que se caracterizan por su actitud agresiva y violenta, expansiva, de conquista y de desprecio del entorno, donde prima la voluntad de someter y controlar a los otros, y que recurren sin dudar a la violencia verbal, física y psicológica, así como a las humillaciones. Pueden presentar estructuras psicopáticas, con la búsqueda del placer genital propio. Aunque las motivaciones pueden ser variadas, destacan: la venganza, el sadismo y la dominación. De conducta osada y temeraria, se muestran sin pudor exhibiendo una sexualidad triunfante y codiciosa (violación, abusos sexuales).

En correspondencia natural, el hijo de estos padres termina inevitablemente participando de esta competencia, en parte en defensa propia, con el movi-

miento parricida complementario que lo compensa (como ejemplos: Edipo respecto a Layo o Zeus respecto a Cronos), lo que nos llevaría a la aparición de actos de violencia filioparental. El hijo, en este caso, desea eliminar al padre como competidor (conflicto edípico), para obtener el lugar que el padre posee o como venganza por los malos tratos y abuso recibidos. A la postre lo que se deriva es una escalada simétrica donde el ejercicio de la violencia puede aparecer con resultados funestos.

¿Cómo funciona en el caso del varón discordante? A diferencia de lo mencionado con anterioridad, lo que aparece como fenómeno principal en el sujeto es el miedo a la agresividad, propia y ajena. Se configura en forma de patrones evitativos donde se huye de la confrontación con el otro, sea quien sea este. El padre se empequeñece ante el hijo o el hijo se somete ante el padre cuando se origina algún tipo de conflicto por insignificante que sea. La emergencia sintomática, a través de ansiedad o de síntomas fóbicos, aparece de forma casi automática. Se observan muchas dificultades para marcar los límites, para decir “no”, para defender el espacio propio, ya sea en las opiniones o en los deseos. Las lealtades dominan en exceso a la persona que se ve sometida a la invasión o intromisión de los demás, entre ellos las propias familias de origen. Aparecen, igualmente, fuertes conflictos de lealtad entre las demandas de las familias extensas y de las parejas.

En casos extremos, también podemos identificar a perpetradores y abusadores (Perrone y Nannini, 1997) con otra tipología de funcionamiento diferente a los primeros. Son aquellos que se caracterizan por mantener una posición reservada, inocua, suave, poco viril, ni expansiva ni intrusiva y con repliegue social. Son púdicos, moralistas, incluso religiosos, y envían mensajes de fragilidad asexual. Sumisos en la relación con la pareja, inspiran deseos de protección, buscando la ternura y la atención. Solitarios, fóbicos a la sexualidad adulta, no actúan con violencia manifiesta, sino que aíslan al niño de la red social y lo inmovilizan para su provecho, estableciendo una relación alienante.

El varón que consigue una masculinidad sana, utiliza habitualmente un modelo de agresividad instrumental (Fromm, 1973), es decir, un tipo de agresividad que está destinada a defender el espacio propio. No presupone el ejercicio de la violencia, pero sí de la firmeza necesaria para garantizar lo que es propio y protegerlo de la intromisión o abuso de los otros. Son varones asertivos que pueden conciliar los impulsos agresivos naturales y el reconocimiento a la dignidad del otro. Desde la perspectiva psicoanalítica en relación con el padre, estaríamos hablando de una buena conjunción de las tendencias edípicas y de las tendencias derivadas de las aportaciones del complejo de Telémaco (Recalcati, 2013), es decir, el sostenimiento de la ambigüedad emocionalmente existente respecto al padre, el deseo de competir con él y, a la par, la añoranza de su abrazo, el amor al padre. Son varones que han podido restaurar al padre, mantenerlos en su mundo personal (padre simbólico lacaniano), a pesar de que en su relación no hayan estado libres de conflictos ni de pugnas.

f) La invisibilización de las emociones.

En este caso, nos referimos al varón que, siguiendo el modelo dominante, se sustrae de la expresión emocional. El “varón autista” (Gil Calvo, 1997 y 2005), no tiene permiso para ciertas emociones ni para su expresión, en especial de aquellas emociones que podemos llamar “suaves”, es decir, estos varones pueden expresar rabia o enojo, pero difícilmente se permiten mostrar tristeza, ternura o miedo. Todas las emociones que presuponen fragilidad quedan invisibilizadas, lo que fomenta la lejanía emocional y una frialdad manifiesta en las relaciones. Son tigres de papel, porque nadie está libre de experimentar toda la gama de la paleta de las emociones, pero quedan constreñidos en un rol acorazado, como de personas “que no sienten ni padecen”. Es el caso reiterado de las depresiones masculinas, caracterizadas por la presencia del enojo continuo y de un mal humor constante. La tristeza no puede emerger, queda ahogada y acaba expresada, en forma defensiva, por el enfado. Los padres abonados a este modelo son fríos y distantes, ásperos y lejanos, lo que hace que los hijos se sientan frustrados y enfadados por su inasequibilidad. De igual forma, se puede presentar una tendencia a la racionalización y a la escisión como fórmula defensiva respecto a las emociones dolorosas.

En el varón discordante, se mantiene la no expresión emocional, aunque en este caso se manifiesta a la inversa, es decir, el varón no tiene acceso a las emociones “duras”, básicamente la rabia y el enfado, y sólo se permiten en justa correspondencia la expresión de las emociones “suaves”. Pueden mostrar tristeza o miedo, pero nunca mostrarse irritados o poder expresar la contrariedad o el enfado de una forma natural y directa. Esto conecta perfectamente con lo reseñado respecto a la agresividad. Son padres tristes o asustadizos, que ejercen una paternidad fraterna o filial, es decir, que se comportan más como hermanos o hijos de sus propios hijos que como padres. Los hijos se sienten decepcionados con ellos por su continua falta de fuerza y de firmeza. En estos casos, las emociones pueden aparecer de una forma más cercana a la sensiblería que a la expresión directa y honesta de las emociones, así como movimientos de tipo pasivo-reactivos.

La masculinidad sana facilita una paternidad responsable y amorosa, donde pueden conjuntarse y permitirse todas las emociones. Hay acceso a toda la gama de emociones y estas pueden ser expresadas de forma pertinente cuando se precise y se necesite. Hay espacio para la expresión del enfado y la ternura, lo que permite constatar que el padre no es intocable, que puede sentir miedo o sentirse triste, pero a la par, podrá mantenerse firme ante las situaciones complicadas que la vida presenta procurando hacer valer su voz cada vez que se precisa. Suele equilibrar razón y emoción, alternándose y combinándose en diferentes grados y se mantienen en una posición de dignidad y respeto.

g) Del héroe adolescente al héroe maduro.

Si sumamos características como la dureza, la frialdad, la osadía y la acción, podemos concluir que el varón concordante se ajusta al modelo clásico del héroe

adolescente, hablamos de ejemplos como Aquiles, Ajax o Sigfrido. El héroe adolescente no pretende el crecimiento emocional y social, sólo pretende la gloria y no suele tener descendencia ya que no está interesado en ese tipo de trascendencia. Se sienten intocables, no pueden ser heridos y se suponen inmortales. Por eso, este tipo de héroe no renuncia a nada, ni accede a la paternidad, ni le interesa. Son habituales en ellos, los síndromes de “corte emocional” que tan bien detalla Andolfi (2000). Toman distancia, aparentemente nada les afecta, abandonan antes de ser abandonados y acaban perseguidos por todos sus fantasmas a pesar de las distancias geográficas o emocionales que hayan colocado entre ellos y sus familias, entre ellos y sus fantasmas.

El varón que no concuerda con el modelo hegemónico, muestra un rechazo a la posición del héroe fáctico, porque teme no poder responder a los requerimientos que esta personificación le supone. Su modelo de héroe se parece más a los superhéroes del cómic, varones afectados por algún “hándicap” (torpeza, timidez, debilidad), desempoderados como varones dominantes en su vida cotidiana que, en su fantasía, pueden llegar a convertirse en héroes grandiosos (el ejemplo clásico consiste en un sujeto enclenque y frágil que se encuentra bajo la máscara del superhéroe, como es el caso, entre muchos, del Capitán América). Problemas de corazón (Ironman), problemas relacionales y marginación (los mutantes de X-Men), adolescentes tímidos y empollones (Spiderman), etc. son una constante en este modelo. Están caracterizados por una sobrecompensación, pero lo que subyace es, volviendo a las reflexiones de Andolfi (2000), el síndrome del “hijo crónico”. Es un varón dependiente que no trasciende la herida narcicista y pretende jugar en el único mundo que siente poder controlar. Este varón tampoco está interesado por la paternidad porque es un hijo eterno, un Peter Pan de manual. No es gratuito que los superhéroes de los cómics rara vez sean padres.

Si trasladamos estas conclusiones al ejercicio de una masculinidad y paternidad sana, llegamos al modelo del héroe maduro. Todo héroe maduro pudo ser un héroe adolescente o un superhéroe imaginario en su edad infantil o adolescente, pero en cierto momento de su desarrollo vital, podrá transformarse y emerger como héroe evolucionado. Sirvan los ejemplos de Ulises, Eneas o Héctor. Son héroes que sufren una transformación que permite su proyección en el mundo, ya sea a través de los hijos o de los proyectos, héroes que han cumplido el “ciclo heroico” completo. Es el héroe que regresa cansado de la batalla y de la gloria, que busca una vida donde poder sembrar y hacer crecer la cosecha, desarrollarse y cuidar a sus vástagos. Por eso Ulises regresa a Ítaca, por eso Eneas carga con su padre anciano, Anquises, sobre los hombros cuando huye de Troya y, llevando de la mano de su hijo Ascanio, termina fundando Roma; por eso Héctor, se quita el casco de guerra y se arrodilla para ser reconocido por su hijo Astianacte (Zoja, 2000). Este héroe se caracteriza por aceptar y asumir las heridas que le ha infringido la vida, no tiene poderes divinos ni es inmortal. Son hombres que han aprendido a sobrevivir, pero que les importa sembrar y multi-

plicar la vida en su entorno, desarrollarse y hacer crecer a sus hijos. Es un héroe dispuesto a renunciar a la gloria, al poder, a la inmortalidad, un héroe dispuesto a abdicar cuando corresponde en el hijo, apartarse y dejar su sitio al que viene, sin aferrarse por encima de todo a lo que posee, aceptando el declive y la declinación en su vejez. Este modelo de héroe maduro, es el que ha podido construir una paternidad restaurada (De Pablo, 2021), aceptar al padre (el Padre Simbólico lacaniano) y ser su embajador para que el hijo pueda, a su vez, cuando corresponda, dar continuidad al padre y a su función.

h) Heterosexualidad impuesta o sexualidad libre.

La heterosexualidad como orientación sexual es una imposición del modelo hegemónico, por tanto, se convierte en un ejercicio de heteronormatividad, es decir, que funciona como modelo único y excluyente de las otras relaciones sexo-afectivas, al describir cuál es la “verdad” imperante de lo que debe ser sexualmente correcto, generando la exclusión y la marginación de aquellos individuos que presentan opciones diferenciadas u orientaciones sexuales distintas. El varón concordante defiende un tipo de sexualidad impulsiva y egoísta, destinada al placer propio, donde la potencia sexual está sobrevalorada y lo afectivo queda desplazado a un segundo término. Es una apuesta donde lo masculino está centrado en el pene erecto, un varón que sufre de priapismo, metafóricamente hablando.

En contraste, el varón discordante con el modelo hegemónico, en sus casos más extremos, puede presentar una sexualidad débil e infantilizada, una sexualidad torpe, con la impotencia como metáfora general de su funcionamiento. La falta de energía y de firmeza en el carácter, se expresa en lo sexual a través de diferentes trastornos (eyaculación precoz, impotencia). Existe un miedo a la sexualidad adulta, a la intimidad de los cuerpos. No hay seguridad en la erección, tampoco en su mantenimiento, en definitiva, inseguridad para sentir que puede satisfacer sexualmente a su pareja. Se produce una tendencia sexual a la pasividad o a la infantilización como las opciones menos comprometedoras para así evitar mostrar sus dificultades en esta área.

La masculinidad sana no está, en primer lugar, relacionada con la heterosexualidad como eje medular. Tener una masculinidad integrada, ser un “hombre con mayúsculas”, no significa ser macho, ser heterosexual ni estar anestesado emocionalmente, por el contrario, tiene que ver con la presencia de lo masculino, sea cual sea la orientación sexual por la que el sujeto haya optado, como un modo de funcionamiento digno y del ejercicio libre de su identidad, también en lo que al sexo y al género compete. Por lo tanto, hablamos de una sexualidad flexible y abierta, donde la elección de objeto no condiciona la posición del hombre en el mundo ni lo somete a un único modo de funcionamiento.

i) Autotropismo y heterotropismo.

Usamos el término tropismo como forma de definir y diferenciar el lugar de dónde provienen las necesidades a las que el sujeto otorgará prioridad y motivará

su acción. En el caso de los varones concordantes, se puede comprobar cómo las necesidades propias son las que están situadas en primer lugar en su escala de valores. Este predominio de las necesidades propias, de un cierto egoísmo natural, genera un movimiento impositivo del sujeto; lo suyo, sus necesidades y deseos son lo primero y principal que ha de satisfacerse, es decir, en primer lugar, se atenderán las necesidades personales, a costa de las que se requieran en las personas de su entorno, incluyendo pareja, hijos y familia de origen. De ahí que se conforme en un estilo de paternidad también egoísta, donde primero está el deseo del padre en detrimento del deseo o necesidades de los hijos.

En el caso de los varones más discordantes, en justa complementariedad, puede mostrarse en exceso heterotrópicos, es decir, priorizan y dan respuesta de forma preferente a las necesidades ajenas. Conlleva una aceptación de los deseos y de las imposiciones de los demás. Las lealtades son excesivas y exigentes, y se produce una habitual postergación de las propias necesidades. Este funcionamiento se muestra a través de paternidades sacrificiales, que generan deudas impagables y eternas en los hijos, porque este “sacrificio” provoca inevitablemente un deseo de restitución, la necesidad de ser compensado por todo lo que se ha dado y por todo aquello de lo que uno se ha privado.

La masculinidad saludable debe construirse en un adecuado equilibrio entre las necesidades propias y las necesidades de los otros. Que exista la posibilidad de que, en vez de realizar movimientos automáticos (autotrópicos o heterotrópicos), pueda contrastarse qué resulta lo más adecuado en cada caso o, al menos, que se puedan producir, en la vida del sujeto, movimientos en ambos sentidos sin que se instaure una modalidad única de funcionamiento. Esto daría como posible resultado una paternidad compensada, donde se puede dar respuesta a las necesidades de los hijos, de la familia, y a las propias necesidades del padre como hombre.

j) El tipo de poder utilizado.

El poder es un elemento de máxima importancia en los modelos hegemónicos y/o dominantes, porque la supremacía se sustenta en la imposición de unas creencias, de un encuadre, de lo que debe ser y que, a la par, excluye o margina aquello que no cumple con las condiciones que el modelo establece. Por tanto, derivado de esta premisa se puede confirmar que el varón concordante mantiene un uso del “poder sobre”, usando la clasificación a Allen (1999), es decir, un tipo de poder que se impone sobre los demás para hacer subsistir los planteamientos propios. Es un ejercicio impositivo sobre lo femenino, sobre los otros hombres con quienes compite o sobre los hijos a través del funcionamiento clásico que se dio en llamar “padre patrón”. Es un ejercicio de dominación

que sustenta las tesis heteropatriarcales. En estos casos, el hijo está destinado a satisfacer las necesidades del padre como medio para que este mantenga el poder o se perpetúe.

El poder, en el caso del varón más discordante con el modelo, se puede implementar desde una posición en la que se ejerce una presión importante desde un rol de víctima o de persona damnificada. A través de posiciones de artificial sumisión y, desde la apariencia de tener que soportar las presiones o imposiciones de los otros, intenta obtener beneficios o satisfacer sus deseos desde la culpa y la responsabilización del otro, en muchos casos los hijos. Como padre se configura como un padre-súbdito, un hombre carenciado que espera que se le atienda y se le satisfaga para compensar aquello que no recibió o que anhela recibir. Son padres exigentes desde la “pena”, desde el síntoma. El hijo, en este caso, debe satisfacer las necesidades del padre, obedecerle como un medio para evitar su dolor y, de forma vicaria, el padre podrá “recibir” de los hijos lo que no obtuvo de sus progenitores.

La posición saludable, exige de la puesta en funcionamiento del “poder para” (Allen, 1999). El “poder para” se conforma y se lleva a cabo a través de un ejercicio de capacidad y competencia para resolver problemas, salvar obstáculos y vencer dificultades. El empoderamiento del varón, en este caso, no se sustenta en la dominación del otro desde el ejercicio de la fuerza o desde la reclamación de lo no recibido, sino que está basado en la acción y en la iniciativa para moldear el mundo y sus circunstancias en la medida que esto sea posible. Es una forma de adaptar el medio y sus circunstancias, a las necesidades que el sujeto tiene; es, a modo metafórico: arar la tierra, sembrar, desbrozar y construir. Aquí, la paternidad se constituye como una paternidad productiva y ejecutiva, siendo los hijos una oportunidad amorosa de trascendencia, de esfuerzo para construir nuevos hombres y mujeres, con la dignidad y la capacidad a su vez de ser nuevos constructores para la siguiente generación.

k) Ejercicio de la paternidad o deserción de la paternidad.

Insisto en destacar este aspecto a pesar de que, muchas de sus conclusiones, ya se han incluido en los anteriores apartados. En los modelos hegemónicos, la paternidad está planteada como una forma de perpetuación, es decir, el hijo está al servicio del padre para incrementar el patrimonio, ostentar el apellido y glorificarlo. No se entiende, desde el modelo heteropatriarcal, que el hijo deba obtener un espacio propio y diferente que precisa ser construido con la ayuda del padre, sino muy al contrario, el hijo debe ceder todos los espacios para mayor ganancia del padre y de su proyecto personal. En estos casos, se puede producir una deserción de la paternidad por desapego, donde el padre actúa y desampara al hijo, en la medida que el hijo no es una prioridad como tal y no es tenido en cuenta en sus necesidades. En este mismo marco, la paternidad que se ejerce lo hace sin posibilidad de renuncias, es decir, el padre no está dispuesto a abdicar en el hijo, nombrarle heredero, porque este proceso conlle-

va la aceptación de su declive y su cercana muerte, de la declinación de su poder. En síntesis, este padre no nombra al hijo sucesor, no le pasa el testigo, en definitiva, no da al hijo el lugar que le corresponde dentro del proceso del ciclo vital familiar e individual.

El ejercicio de la paternidad en el varón discordante, de igual forma, genera diferentes posibilidades. La deserción de la paternidad en estos casos no se produce por desapego, sino por miedo, por evasión de responsabilidades, por huida y pánico ante el crecimiento, por el temor a abandonar la posición de “hijo crónico”. Son varones que se caracterizan por ejercer una eterna adolescencia y suelen emerger síntomas fóbicos y/o ansiosos cada vez que han de enfrentarse a la asunción de responsabilidades (pareja, independencia, paternidad). Cuando tienen hijos, el ejercicio de la paternidad es evasivo e irresponsable. Son padres fraternos o filiales, es decir, actúan como hermanos o como hijos de sus hijos, pueden entrar a competir con los hijos por el afecto de la madre convirtiéndose en un hijo más o solicitar de los hijos cuidados y atención, invirtiendo los roles naturales. Se otorga a los hijos posiciones de pseudo-privilegio, nefastas para su crecimiento y desarrollo.

En la posición saludable, se propone un ejercicio natural de asunción de la paternidad. Se conforma, por tanto, como un padre disponible, firme y amoroso, que cuando llegue el momento preciso estará dispuesto a la renuncia y a la pérdida de su posición central de poder que desembocará en la abdicación en el hijo. Estamos hablando de un proceso de aceptación del ocaso vital cuando, según el momento del ciclo vital corresponde, y que, a la postre, llevará a facilitar un movimiento de abdicación natural en el hijo, invistiéndolo como hombre y heredero de *Los-Nombres-del-Padre* (Lacan, 1963), facilitando también la posición simbólica que esto comporta como función de lo paterno.

I) Orientación productiva o improductiva del carácter. El mundo del trabajo.

Dentro del modelo hegemónico se potencian los tipos de orientación improductiva (Fromm, 1947), es decir, aquellos que alimentan estilos de carácter donde lo principal no es la adquisición de mayores espacios de libertad, autonomía, desarrollo personal y creatividad, sino que, por el contrario, se focalizan en modos de funcionamiento defensivos que no pretenden potenciar el desarrollo o el crecimiento social y emocional de los individuos.

El varón radicalmente concordante se moverá dentro de los estilos explotadores y acumulativos, es decir, los que están centrados en la explotación o en la utilización de los otros para el provecho personal, en la tenencia y uso de los demás para el propio interés. Valorán, por tanto, la posesión de riquezas y de logros, así como el poder necesario para obtenerlas. Aunque se pueden orientar hacia metas productivas, lo hacen sin considerar los efectos que estas metas puedan ocasionar en las personas, es decir, interesan los fines, los frutos, los logros y los resultados, pese a quien pese, sin importar los medios que se hayan empleado ni las consecuencias que hayan podido ocasionar. Son vani-

dosos, ostentosos y soberbios, y muy centrados en lo público; atrapados por la *hybris* que tanta nefasta presencia tiene en las historias y en las decadencias de los héroes mitológicos.

En este apartado, encontramos también el perfil fáctico clásico, la adicción al trabajo que produce los llamados trabajo-adictos (*workaholics*), hombres centrados en lo laboral, donde la acción se convierte en una fórmula de expresión de la angustia.

Los varones más cercanos al extremo discordante se ven afectados por otros estilos de orientación improductiva, en concreto los que Erich Fromm denominó receptivos y mercantilistas. Lo que prima es la búsqueda del apoyo de los demás, la búsqueda de consejo y el temor a tomar decisiones, en el caso del estilo receptivo o, en caso de los mercantilistas, más centrados en ver las relaciones humanas en términos de intercambio, de vender la propia imagen, ser populares y con un funcionamiento oportunista y superficial.

Este modo de funcionamiento se observa en el perfil de varón cuya única misión en la familia es la función proveedora, el llamado en algunos textos: “ganapán”. También se encuentra en algunos desempleados eternos o en aquellos que viven de los recursos de los demás con comportamientos harto infantiles y aprovechados.

La masculinidad saludable, en cambio, se manifiesta en un estilo de orientación productiva. El carácter productivo busca obtener resultados, pero incluyen la importancia de la calidad de las relaciones, del desarrollo de las personas y de la mejora de la calidad de vida, sea cual sea el sector donde se realice. Incorpora también los modos creativos, artísticos y literarios, centrados en el desarrollo del pensamiento, la expresión emocional y la profundización en las ideas. El valor del trabajo y su posición en la escala de prioridades no excluye a las personas, ni a las necesidades que tiene la pareja y los hijos. Se funciona en un compensado equilibrio entre el mundo de lo público y lo privado, lo externo y lo interno. A diferencia de los varones concordantes, suelen destacar por su templanza y por ser humildes en sus planteamientos.

4. Conclusiones. El proceso de convertirse en hombre y en padre.

La pregunta que se suscita tras el desglose de los efectos tóxicos del modelo hegemónico de masculinidad y de las características de una masculinidad saludable es la siguiente: ¿cómo se facilita la construcción de una masculinidad sana en el varón?

Para ello podemos describir dos elementos, a saber, las heridas y las renuncias. Las heridas hacen referencia a aquellos acontecimientos del ciclo vital del

varón que han sido y/o son dolorosos, las experiencias infantiles y adultas en torno al miedo (al abandono, a la soledad, a no ser queridos), a la angustia ante la libertad y la autonomía personal, ante la responsabilidad. El hombre que se defiende de estas heridas, de estas emociones, construirá fácilmente una estructura rígida, una coraza, que derivará en un funcionamiento encajado en las propuestas del modelo hegemónico. Hablamos de hombres que son, en realidad, adolescentes temerosos, con una inseguridad natural, que deviene en una apariencia de fortaleza, frialdad y dureza. En estos casos, el paso a una masculinidad sana requiere transitar las heridas, es decir, asumir la fragilidad, los miedos y el dolor, sin escapar a estas emociones, para poder así trascender a un estatus diferenciado, adulto; consciente, desde lo racional y desde lo emocional. En esta situación se incorporarán nuestras heridas a la vida cotidiana y se valorará la importancia de su presencia y escucha. Estamos hablando de atender nuestro dolor, de revisar nuestra historia vital con sus tristezas y alegrías, de entender nuestras relaciones emocionalmente significativas y nuestros patrones relacionales co-construidos, y cómo no, implementar nuestros recursos para afrontar las circunstancias vitales que se vayan presentando. El hombre con mayúsculas procura no huir de sí mismo, de lo que siente y anhela, sino responder con pertinencia a los acontecimientos y sucesos.

Por ello, el varón concordante es un héroe adolescente, que se cree intocable e inmortal como el Aquiles épico, que prefiere pensar que nada le afecta, que nada le perturba pero que, en su intimidad, se siente absolutamente aterrado por sus fantasmas y sus heridas. El talón de Aquiles (lo emocional) surgirá más pronto que tarde, reivindicando su lugar. De igual forma, el varón discordante funciona como un hijo crónico, que siente no poseer los recursos necesarios para asumir su propia vida, su libertad y su soledad. Prefiere vivir como los niños perdidos en el "País de Nunca Jamás", que tan bien describió Kiley (1983) en su libro *Peter Pan: Los hombres que nunca crecieron*.

No es gratuita la reiteración, en los rituales de paso de las diferentes culturas, de todas aquellas situaciones en las que el varón está obligado a hacerse cargo de su miedo y de su dolor, a sentir la humillación como fórmula que le desca balgue de la soberbia y del *hybris* infantil, que le prepare para ser un hombre en el mundo, que lo lance a la incertidumbre de la vida tras la necesaria expulsión del edén.

Partimos de una máxima que sostiene que una masculinidad integrada posibilitará la construcción de una paternidad responsable porque permitirá trascender al varón a un estadio diferente, abandonando en alguna medida la posición del héroe adolescente que se empeña en detener el paso del tiempo, bajo la fantasía de ser infalible e inmortal. Esta masculinidad integrada, como planteamos con anterioridad, solo se produce tras la asunción de la fragilidad, lo que presupone en lo simbólico, sufrir y aceptar las heridas de la vida a través de las heridas derivadas de la transición, así como estar dispuesto a realizar las renunciaciones necesarias. En referencia a estas renunciaciones, elemento de es-

pecial importancia en el proceso, debemos entender que la construcción de la masculinidad requiere de un proceso de deslealtad y desobediencia en el hijo respecto a las pretensiones de los progenitores y, por otra parte, de determinadas renunciaciones que deben realizar la madre, el padre y el hijo. ¿En qué consisten estas renunciaciones?

La madre debe renunciar al “hijo marido”, al “hijo bebé”, a que el hijo siga siendo parte de sí misma, al hijo que la cuida, al “hijo-hombre ideal”, al hijo que se sacrifica por ella. Implica la aceptación y la consciencia en la madre del paso del tiempo y de la muerte. La asunción de la importancia de la desobediencia del hijo (Bly, 1990) y de la necesaria deslealtad a los deseos de la madre, son presupuestos imprescindibles para su crecimiento.

El padre, por su parte, debe renunciar al “hijo súbdito”, al “hijo alumno”, al “hijo obrero”, al hijo que se sacrifica por el padre. Debe renunciar a la seducción de todas las mujeres. Renunciar a la inmortalidad, a la ambición heroica y a sus recompensas. Implica la aceptación y la consciencia del paso del tiempo y de la muerte, La asunción de la necesidad de abdicación en el hijo, así como de la importancia de su desobediencia y su deslealtad como presupuestos imprescindibles para el crecimiento. Es importante la lucha con el padre porque de esta, en su momento, nacerá la posibilidad de su restauración posterior. El padre restaurado surge del propio conflicto, cuando despojado de su coraza, aparece ante los ojos del hijo en toda su fragilidad.

Es esta imagen (...) la que permite una reconciliación y un deseo de reparación, la visión del padre en su decaimiento y en su deterioro, facilita al hijo el deseo de reparar el vínculo. Desaparece el sentido del deseo de derrocarlo o destruirlo, del deseo de «matar al padre», y se inscribe en la relación un sentimiento de cuidado, de restauración del vínculo y de agradecimiento por ser quien ha sido y quien es (De Pablo, 2021a, p. 190).

El hijo, de igual forma, debe renunciar al paraíso, al edén, al calor del hogar, a las necesidades inmediatamente satisfechas, a la comodidad, al juego eterno, a ser el *relais* que atenúa el conflicto entre los padres (Perrone y Nannini, 1997), a ser el “preservativo” que evita el contacto entre los padres, a ser la pareja pseudoprivilegiada de alguno de los padres, a ser la voz de un progenitor contra el otro. Implica la consciencia del paso del tiempo y de la necesidad de transformarse y asumir responsabilidades. Estar dispuesto a sentir el frío y la incertidumbre de la vida.

Estos pueden definirse como los pasos previos para convertirse, primero en hombre (a través de la herida) y, después, en padre (a través de la renuncia).

Senderos de lo masculino y lo paterno		
Características de la masculinidad tradicional (modelo dominante o modelo hegemónica)		Características de la masculinidad sana
Concordante con el modelo	Discordante con el modelo	Modelos alternativos
Hombre duro (rígido) Padre rígido y exigente	Hombre blando (moldeable) Padre blando y permisivo	“Hombre reconciliado” Hombre o padre firme y flexible
Actividad Iniciativa y empuje Personalidad fáctica	Pasividad Espera y procrastinación Personalidad imaginaria	Equilibrio entre actividad y pasividad
Autonomía exacerbada. Miedo a la dependencia y a los vínculos. Apego evitativo Paternidad ausente y no presente	Heteronomía exacerbada Miedo a la independencia y a la libertad. Apego ansioso Paternidad culpabilizadora	Equilibrio entre autonomía y heteronomía Apego seguro Paternidad presente
Competitividad Escalada simétrica o complementariedad rígida (<i>up</i>) Paternidad autoritaria-competitiva	Rechazo de la competitividad o complementariedad rígida (<i>down</i>) Paternidad sumisa	Simetría natural sin escalada complementariedad flexible en ambas posiciones Paternidad equilibrada
Violencia y destructividad Imposición Paternidad filicida / Parricidio / Violencia filio-parental	Miedo a la agresividad y evitación. Huida Paternidad y masculinidad sintomática	Agresividad instrumental Uso del no. Asertividad Equilibrio entre Edipo y Telémaco
Invisibilización de emociones suaves (amor, tristeza, fragilidad) Paternidad fría y distante. Predominio de la razón. Uso de mecanismos como la racionalización, la escisión.	Invisibilización de emociones oscuras (rabia, enfado) Paternidad fraterna o filial Predominio de la emoción sensible. Mecanismos reactivos pasivos	Acceso y expresión de toda la gama de emociones Paternidad amorosa Equilibrio razón - emoción
Modelo héroe adolescente No renuncia a nada Corte emocional Inmortalidad / no existe herida No desea acceder a la paternidad	Rechazo/ hambre del héroe (compensación super heroica) Hijo crónico. Dependiente Queja continua por las heridas No desea acceder a la paternidad	Modelo héroe maduro Aceptación de las heridas Transita las heridas Presencia de las renunciaciones Paternidad restaurada
Heterosexualidad impuesta, heteronormatividad. Sexualidad impulsiva y egoísta.	Sexualidad infantilizada Sexualidad torpe (impotencia como metáfora)	Sexualidad flexible y abierta. La elección de objeto no condiciona la posición en

Senderos de lo masculino y lo paterno		
Características de la masculinidad tradicional (modelo dominante o modelo hegemónica)		Características de la masculinidad sana
Concordante con el modelo	Discordante con el modelo	Modelos alternativos
La potencia está sobrevalorada.		el mundo
Autotropismo Predominio de las necesidades propias, egoísmo. Imposición de las propias ideas y deseos. Paternidad egoísta	Heterotropismo Predominio de las necesidades ajenas o aceptación de las imposiciones de los otros Paternidad sacrificial	Equilibrio compensado entre las necesidades propias y las de los demás Paternidad compensada
Uso del “poder sobre” Dominación. Padre patrón El hijo debe satisfacer sus necesidades como medio para mantener el poder o perpetuarse	Uso del poder desde posición víctima y sumisa Padre súbdito carenciado El hijo debe satisfacer sus necesidades como un medio para recibir lo que no tuvo	Uso del “poder para”. - Paternidad productiva y ejecutiva El hijo es una oportunidad amorosa de trascendencia
Deserción de la paternidad por desapego Actuación del desamparo Padre que no está dispuesto a la renuncia. No abdica ni nombra al hijo sucesor. No da al hijo su lugar	Deserción de la paternidad por miedo Síntomas (ansiedad, fobias) Padre que no llega a ocupar su lugar, los hijos ocupan el lugar pseudoprivilegiado desde siempre.	Asunción de la paternidad Padre dispuesto a la renuncia y a la pérdida. Aceptación del ocaso cuando corresponde. Abdicación natural
Orientación improductiva del carácter (acumulativa y explotadora) Tener o usar a los otros Adicción al trabajo o explotación Trabajo-adictos (<i>workaholics</i>) Valor del eje lo público Envanecencia, soberbia y ostentación (<i>hybris</i>)	Orientación improductiva del carácter (receptiva y mercantilista) Recibir y venderse Ganapán o desempleado (San José) (soportar la situación) Pequeñez o infantilismo	Orientación productiva del carácter Creatividad y productividad Equilibrio en el valor del trabajo Eje compensado entre lo público y lo privado Humildad y templanza

Bibliografía

- Allen, A.** (1999). *The Power of Feminist Theory: Domination, Resistance, Solidarity*. Boulder, CO: Westview Press.
- Andolfi, M.** (2000). Terapia con el individuo y terapia con la familia. *Sistémica*, 8, 13-29.
- Badinter, E.** (1992). *XY. La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bly, R.** (1990). *Iron John*. Barcelona: Plaza & Janés Editores, S. A.
- Bonino, L.** (2002). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers Feministes*, 6 *Masculinitats: Mites, De/Construccions, Mascarades*. 7-35.
- Bourdieu, P.** (1998). *La Dominación Masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Carter, E. y McGoldrick, M.** (1989a). *The Changing Family Life Cycle: Framework for Family Therapy* (2nd. ed). New York: Gardner Press.
- Carter, E. y McGoldrick, M.** (1989b). *The Expanded Family Life Cycle: Individual, Family and Social Perspectives*. Boston: Allyn & Bacon Classics (2005).
- Connell, R. W.** (1995). La organización social de la masculinidad. En Valdés, T. y Olavarria, J. (eds.). *Masculinidad/es: poder y crisis*, Cap. 2, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres N° 24, pp. 31-48.
- De Pablo, J. M.** (2021a). *El ciclo de Andros: masculinidad, paternidad y psicoterapia*. Letrame.
- De Pablo, J. M.** (2021b). *Masculinidad, paternidad y psicoterapia*. Ponencia XL Congreso Nacional de Terapia Familiar en La Laguna (Tenerife), 23 de octubre de 2021 (No publicada).
- Fromm, E.** (1947). *Ética y psicoanálisis*. México: Ed. FCE.
- Fromm, E.** (1973). *Anatomía de la destructividad humana*. México: Ed. Siglo XXI.
- Gil Calvo, E.** (1997). *El nuevo sexo débil. Los dilemas del varón posmoderno*. Madrid: Ed. Temas de Hoy.
- Gil Calvo, E.** (2005). *Máscaras masculinas: Héroes, patriarcas y monstruos*. Barcelona: Ed. Anagrama.
- Kiley, D.** (1983). *El síndrome de Peter Pan: los hombres que nunca crecieron*. Barcelona: Javier Vergara Editor.
- Lacan, J.** (1963). *De los Nombres del Padre*. Buenos Aires: Ed. Paidós (2005).
- Perrone, R. y Nannini, M.** (1997). *Violencia y abusos sexuales en la familia*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Recalcati, M.** (2013). *El Complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso del progenitor*. Barcelona: Ed. Anagrama.
- Sinay, S.** (2006). *La masculinidad tóxica. Un paradigma que enferma a la sociedad y amenaza a las personas*. Buenos Aires: Ediciones B, Grupo Zeta.
- Watzlawick, P.; Beavin, J. y Jackson, D.** (1965). *Teoría de la Comunicación Humana*. Barcelona: Ed. Herder.
- Zoja, L.** (2000). *El gesto de Héctor: prehistoria, historia y actualidad de la figura del padre*. Madrid: Ed. Taurus.